

J. W. Moore, *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020, 351 pp.

La economía y la ecología son dos campos del conocimiento separados, dos disciplinas con sus departamentos y facultades, sus expertos y sus teorías, que sin embargo en la vida real están estrechamente relacionadas. En las últimas décadas, debido a la urgencia del cambio climático, han aparecido marcos interpretativos que tratan de combinar las preocupaciones socioeconómicas con las ambientales, como la economía ecológica, la ecología política o el Antropoceno, cada uno con sus propuestas teóricas y metodológicas para la interpretación de la realidad. Una de las últimas contribuciones en esta tarea de vinculación de lo económico y lo ecológico es la ecología-mundo, el paradigma del que Jason W. Moore es su máximo valedor. La ecología-mundo es una propuesta muy ambiciosa, que aporta un marco teórico y también un método de interpretación histórica. Como teoría es una macroteoría, en el sentido de que trata de explicar el mundo en su totalidad, de manera completa y coherente; y como herramienta histórico-analítica, concibe el capitalismo como el paréntesis histórico en el que el ser humano se ha desligado del medio natural en el que vive. Con esta doble tarea, Moore, elabora en *El capitalismo en la trama de la vida* el paradigma de la ecología-mundo y después lo aplica a la historia de la economía-mundo capitalista surgida tras el descubrimiento de América.

La ecología-mundo comparte con la mayoría de las teorías previas la crítica a la arrogancia del capitalismo hacia el medio ambiente, considerado un simple factor productivo, pero va más allá en la comprensión del papel de la ecología al denunciar la insuficiencia de reconocer una serie de influencias mutuas entre el ser humano y “su” medio ambiente. La ecología-mundo es una unidad dialéctica de la humanidad y la naturaleza en la trama de la vida, entendida como una red en la que el ser humano no solamente interactúa de numerosas maneras con el medio natural, sino que forma parte de él hasta el punto de que no tiene sentido mantener el dualismo cartesiano naturaleza-sociedad. Junto con la trama de la vida, Moore recupera el concepto *oikeios*, del filósofo de la Grecia antigua Teofrasto, para referirse a la relación histórica y dialéctica entre la naturaleza y el ser humano. El análisis por separado de las relaciones sociales y ecológicas es un error porque el dualismo entre lo medioambiental y lo social no se sostiene en la vida cotidiana, pues los seres humanos dependemos de la naturaleza para nuestro sustento, pero de una naturaleza alterada por la propia existencia y acción humana. El medio ambiente, el capitalismo y las relaciones de poder son coproducciones

del binomio Naturaleza/Sociedad de manera que, en términos conceptuales, todo lo económico debe llevar el apellido ecológico, y a la inversa.

Para la ecología-mundo, el desarrollo económico está supeditado a la existencia de trabajo, alimento, energía y –resto de– materias primas baratas, elementos que Moore denomina indistintamente Naturaleza Barata, Cuatro Baratos o Cuatro Grandes insumos. El autor explica la interacción de cada uno de estos recursos con la trama de la vida, demostrando cómo su devaluación es un requisito para la reproducción del capital. De manera simplificada, el precio de la energía proporcionada por los combustibles fósiles determina el de los alimentos debido a la dependencia del petróleo en la producción y transporte de la agricultura capitalista, y el precio de los alimentos a su vez condiciona el valor de la fuerza de trabajo, puesto que el capital necesita que la remuneración de esta sea suficiente para que obtenga su sustento material y mantenga su labor como mano de obra. Como resultado de estas relaciones de dependencia, si se altera alguna de las piezas de la Naturaleza Barata se puede desmoronar el edificio del capitalismo por completo.

A partir de la idea de los Cuatro Baratos, Moore señala que el capitalismo recurre a dos mecanismos para la acumulación: la explotación y la apropiación. La explotación se refiere a las relaciones de clase sobre el trabajo remunerado, mientras que la apropiación es gratuita sobre el trabajo no remunerado –la reproducción social y las tareas domésticas, que recaen desproporcionadamente en las mujeres– y sobre los recursos naturales –sin valorar económicamente su carácter limitado y su impacto ambiental–. Al contrario que la concepción mayoritaria, la ecología-mundo considera que el capitalismo no quiere mercantilizarlo todo porque el capital no podría permitírselo, sino que necesita grandes dosis de apropiación gratuita junto con la explotación. De hecho, los llamamientos de la economía ecológica a que el capital pague sus facturas reales por el uso de los recursos a través de la internalización de las externalidades equivaldrían en la práctica a la abolición del capitalismo. De esta forma, la apropiación del trabajo/energía de la naturaleza, las mujeres y las colonias está fuera del circuito del capital, pero dentro del alcance del poder capitalista. Influenciado por Antonio Gramsci, Moore afirma que la explotación de la fuerza de trabajo y la apropiación de naturalezas no mercantilizadas gratuitas requiere medios coercitivos y hegemonía cultural, aunque no profundiza en esta cuestión.

La ecología-mundo bebe de numerosas fuentes, entre las que se pueden citar las teorías socioecológicas anteriormente mencionadas, el marxismo y la teoría de los sistemas-mundo, destacando la influencia de la obra de autores como Karl Marx, Immanuel Wallerstein o David Harvey. El concepto marxista de la acumulación originaria ya se refería a una explotación simultánea de la tierra y el trabajador para la transferencia de riqueza hacia la burguesía, pero Marx no elaboró una teoría del valor ecológica porque no se percibía como una necesidad en su tiempo. Por ello, la ecología-mundo pretende ser una superación del marxismo posterior a Marx, pues asume su crítica a la explotación de la mano de obra pero destaca el olvido de la apropiación, igual de importante o más para el capitalismo. La ley de valor capitalista solo funciona si la mayor parte del trabajo no es valorizado sino apropiado, lo que entronca con la crítica feminista al capitalismo y con las teorías del intercambio desigual y el subdesarrollo de la periferia, ya que el capitalismo asegura los flujos de los Cuatro Baratos en favor de los hombres y de los centros de la acumulación mundial. Frente a esto, la ley de valor de la ecología-mundo debe incluir tanto la explotación de la fuerza de trabajo como la apropiación de trabajo/energía no remunerado, lo que supondría unas relaciones de reproducción sanas, equitativas y democráticas en toda la naturaleza.

Como se apuntaba al comienzo, el libro es también una primera aplicación del paradigma propuesto en forma de breve reconstrucción histórica del capitalismo, combinando –como el propio Moore reconoce– las historiografías marxista y ambientalista. Este análisis histórico comienza con la consolidación del falso dualismo naturaleza-sociedad como parte del proyecto del capitalismo temprano. El capitalismo tiene su origen en la crisis de la civilización feudal, alrededor de 1450, en una nueva era de relaciones humanas con el resto de la naturaleza. Moore defiende, de un modo similar a John Agnew, que en la modernidad se cartografía el mundo y se concibe la Naturaleza como externa y subordinada para facilitar la acumulación del capital. Esta revolución original en la ecología-mundo inaugura la época capitalista de Naturaleza Barata, a partir de la cual las crisis cíclicas han sido resueltas por revoluciones ecológico-mundiales que han ampliado la apropiación más rápido que la capitalización, restaurando los Cuatro Baratos. Por lo tanto, el capitalismo no es solamente un sistema económico, es una ecología-mundo; es decir, un sistema ecosocial y un modo de organización de la naturaleza.

Las civilizaciones son productoras y productos de naturalezas históricas específicas, por lo que la ecología-mundo permite reinterpretar los ciclos hegemónicos de la teoría de los sistemas-mundo en términos ecológicos. Las hegemonías holandesa, británica y estadounidense definidas por Wallerstein se basaron en la apropiación de madera, carbón y petróleo, respectivamente, como energías baratas, permitiendo la combinación necesaria de productividad y saqueo. No obstante, el origen de las hegemonías son las revoluciones agrícolas, que logran alimentos y trabajo baratos, permitiendo las revoluciones industriales posteriores. Así, en el siglo XX, a partir de la revolución verde en Estados Unidos, tiene lugar

una revolución ecológica inédita en la que se alcanza el pico en el excedente ecológico-mundial.

Desde 1970, en la era neoliberal, se produce una ralentización de la productividad agrícola, lo que unido al extraordinario *boom* de las *commodities* –y especialmente del petróleo– iniciado en 2003 puede significar, para Moore y otros autores, el final de los Cuatro Baratos. El capitalismo ha demostrado una gran flexibilidad en sus anteriores crisis, pero esta vez puede ser diferente porque el capital está más restringido por la naturaleza. El progresivo descenso del excedente ecológico se soluciona desde el siglo XVI con reestructuraciones internas del capitalismo, posibles gracias a los descubrimientos científicos, y con expansiones geográficas en forma de proyectos imperialistas. El problema es, por un lado, que la innovación técnica tiene sus límites en la termodinámica, como la entropía y la ley de Carnot; y, por otro lado, que la Tierra también cuenta con límites como suministro de recursos y recepción de desechos. El capital tiene una tendencia a la apropiación de nuevas zonas físicamente inalteradas para la restauración de la Naturaleza Barata, lo que explica la expansión de las fronteras de los combustibles fósiles y otros materiales preciados a lugares cada vez más remotos como el interior del Amazonas, el subsuelo marino o los polos, pero esas nuevas fronteras no se pueden ampliar indefinidamente, y el espacio exterior no parece una opción viable. En este sentido, una de las grandes virtudes de la ecología-mundo es que admite la incorporación de cualquier acontecimiento, como los cuellos de botella tras la pandemia de COVID-19, que han sido para algunos analistas la señal del fin de la Naturaleza Barata.

En definitiva, la contradicción fundamental del capitalismo, de la que se derivan sus problemas actuales, es que la naturaleza es finita mientras que la reproducción del capital está basada en una concepción infinita. No obstante, los límites de los que Moore advierte no son biofísicos, sino coproducidos en el *oikeios* o “socioecológicos”, puesto que la naturaleza no es algo dado con unas fronteras preestablecidas e infranqueables. Moore critica las visiones ecologistas deterministas, y en especial al neomalthusianismo, por su simplificación de una realidad tremendamente compleja, pues observa que el carbón y las colonias fueron el rescate del capitalismo a la incipiente trampa malthusiana, lo que demostraría que el ser humano puede alterar la naturaleza en favor de la sostenibilidad.

En la actualidad, el cambio climático reduce la productividad agrícola de múltiples formas, de las que Moore se centra en las supermalezas y los transgénicos, un exceso de preocupación por problemas propiamente norteamericanos que de todas formas es un pecado perdonable. Lo que sí resulta interesante es la consideración del cambio climático como el desafío fundamental del capitalismo por la internalización de los residuos y por la ausencia de nueva Naturaleza Barata. El siglo XIX supuso una apertura de la atmósfera –y de los océanos, cabría añadir– como vertedero planetario, pero en el siglo XXI el capital debe pagar una proporción cada vez mayor de los costes generados por la actividad económi-

ca debido al cambio climático. El fin de la larga época de grandes recompensas con mínimos esfuerzos y repercusiones medioambientales dibuja un escenario futuro de colapso climático, aunque Moore rechaza el determinismo de –parte de– la colapsología. Para el autor, el fin del capitalismo es el comienzo de algo mejor, una perspectiva que puede ser tachada de injustificadamente optimista.

Moore no cuestiona la gravedad ni la urgencia del cambio climático, pero sí pone el foco en el capitalismo como el sistema socioeconómico que lo ha provocado, por lo que rechaza que pueda contener su solución, acercándose a los postulados del Capitaloceno frente al Antropoceno. La ecología-mundo sustituye la interpretación de la crisis ecológica externa por la de una crisis económica interna, por lo que de su análisis histórico se deduce que el calentamiento global es un obstáculo insalvable para el capitalismo, pero no necesariamente para la humanidad. La creación humana de los límites y las crisis es una visión esperanzadora, que permite una

doble alternativa: disminuir el ritmo de acercamiento a los límites y/o cambiarlos.

Una última conclusión que se deriva de la obra de Moore es que el abuso del capitalismo sobre las naturalezas humanas y extrahumanas es interseccional. De su enfoque se deduce un apoyo teórico a las críticas ecologistas, feministas y anticoloniales ligadas al socialismo, puesto que en la ecología-mundo se dan las condiciones para una gran alianza rojo-verde-rosa-negro. En lo que a él le ocupa, Moore apunta hacia la construcción de una lucha de clases en el *oikeios* o “ecologismo de clase”, en línea con las ideas de autores como Hervé Kempf y Matthew Huber, y del que ya se pueden ver algunos visos en el movimiento por la justicia ambiental y, de forma más general, en el ecologismo de los pobres de Joan Martínez Alier. De este modo, las contradicciones dentro del capital son para Moore el aliento para pensar una política más allá del capital.

Álvaro Ramón Sánchez